

MISA CRISMAL

Catedral de La Habana, 6 de abril del 2001

Queridos hermanos y hermanas, queridos sacerdotes:

Toda la Iglesia se apresta a celebrar la Pascua del Señor. Preparamos nuestros corazones para participar en el sacrificio del Cordero de Dios inmolado por nosotros, esa es la victoria de nuestro Dios que pasa, al frente de su pueblo, liberado de la esclavitud y del pecado, desde este mundo, a la Tierra Prometida de la luz y de la gracia.

Cortamos ramas de palma para recibir a nuestro Redentor, preparamos un lugar hermoso para celebrar su cena, el memorial eterno de su sacrificio, nos aprestamos a cantar la victoria de la Cruz y el triunfo de la vida y se congrega hoy la Iglesia diocesana con sus sacerdotes alrededor de su obispo para bendecir los aceites nuevos de esta nueva Pascua, los que marcarán la frente y el corazón de los nuevos cristianos renacidos en la noche santa y feliz a la vida verdadera, los mismos que ungirán las manos de los sacerdotes que este año consagrarán su vida a Dios y al servicio de los hermanos, los que llenarán de fuerza y vigor espiritual a los creyentes en Cristo enfermos, cansados y agotados por el camino de la vida para enderezar con él sus pasos hacia la casa paterna o para ser sanados de su enfermedad y retomar con más decisión el servicio de su Señor. La Pascua lo hace todo nuevo y la Misa Crismal es una celebración de la novedad de la Pascua.

Toda nuestra celebración de hoy es un signo de la constante renovación de la Iglesia, que al renovarse renueva también su compromiso misionero. En la Carta Apostólica sobre el Nuevo Milenio, el Papa Juan Pablo II nos dice que: *«la Iglesia... no puede sustraerse a la actividad misionera hacia los pueblos, y una tarea prioritaria... sigue siendo anunciar a Cristo, Camino, Verdad y Vida (Jn 14, 6) en el cual los hombres encuentran la salvación»*.

En el relato evangélico que escuchamos hoy, Jesús hace suya la palabra de Isaías que fue proclamada en la lectura profética: *«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad y a los ciegos la vista. Para dar libertad a los oprimidos; para anunciar el año de gracia del Señor»*.

Esta misión de Jesús la tiene que continuar la Iglesia por mandato del mismo Señor, Él nos envió al mundo entero a predicar la buena noticia, y la Iglesia continúa anunciando al Señor, ungiendo a los catecúmenos y a los nuevos cristianos, partiendo el pan y dando el cuerpo y la sangre de Cristo a los que van por el camino para que no desfallezcan. Jesucristo, como hemos escuchado en la lectura del Libro del Apocalipsis, se ha adquirido un pueblo nuevo con su sangre y ha convertido a los que integran ese nuevo pueblo de Dios, que es su Iglesia, en un pueblo sacerdotal, que hace de su propia vida una ofrenda agradable a Dios. Al frente de ese pueblo, el Señor puso a sus apóstoles y a sus sucesores, que, ayudados por los presbíteros, deben guiarlo hasta los prados de hierba fresca, a través de cañadas oscuras, siendo ellos los que preparen la mesa del banquete eucarístico para todo el pueblo sacerdotal como ministros del Señor, ungidos por el Espíritu como Jesús, para presidir en su nombre al pueblo fiel y presentar la ofrenda sacerdotal de todo ese pueblo en sus manos consagradas.

Y hoy nos reunimos todos: pueblo sacerdotal y ministros de nuestro Dios, como la única Iglesia que tiene una especial misión: anunciar a Cristo al mundo. A nosotros todos nos toca evangelizar esta realidad cubana en la que vivimos. En un discurso que el Papa Juan Pablo II decía a un grupo de obispos de una región italiana al concluir su visita «ad limina» hay unas palabras que pueden aplicarse muy bien a las circunstancias de nuestra Iglesia en Cuba; les decía el Papa: *«Ha llegado, sobre todo, el momento de pasar de una fe de costumbre, aunque esta no sea despreciable, a una fe que sea opción personal, iluminada, convencida, testimoniante. Es el tiempo de la nueva evangelización... se impone con urgencia el deber de una nueva, valiente y coherente evangelización»* (Discurso a los obispos lombardos, 2 de febrero, 1995).

Muchas veces ha repetido el Papa, sobre todo en esta última década del siglo, que se impone una nueva evangelización. Hoy, Jesús nos dice en el Evangelio que ha venido para hacer un anuncio a todos: los pobres, los presos, los oprimidos, etc., y el Papa nos recuerda que debemos salir de la simple costumbre, de la quietud de creer como algo espontáneo, a evangelizar con nuevo ardor, con nuevos métodos, con expresiones nuevas. Evangelizar significa, de por sí, hacer el primer anuncio del Evangelio a quien no cree. Este anuncio aparece siempre en cada homilía, en cada catequesis, en cada celebración litúrgica. Este primer anuncio debe ser propuesto de nuevo en cada ocasión.

Puede darse una evangelización de las personas y una evangelización de las culturas. Esta última es aquella que llega a impregnar el modo de vida de un pueblo con los valores propios del evangelio. Pero hay un sinnúmero de maneras de presentar el mensaje de Jesús.

El primer modo es el que encontramos en el relato evangélico de hoy. Jesús se proclama a sí mismo como el enviado de Dios para sanar, para liberar. Es una evangelización por proclamación, como cuando en Galilea el mismo Jesús se presentó diciendo: «*El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca*» (Mc 1, 15). La proclamación puede hacerse en ocasiones públicamente y, en otras ocasiones, en un diálogo cordial o íntimo. Pensemos en el diálogo de Jesús con la samaritana o con los discípulos de Emaús.

Puede haber otro modo de evangelización *por convocación*, yendo a buscar a todos para invitarlos, como sucede en el Evangelio de San Mateo (Mt 22, 1) con los criados de la parábola contada por Jesús, que salen a los caminos a anunciar a la gente que vengan al banquete que ha preparado el Señor. Esta es la misión que puede hacerse puerta a puerta, de casa en casa. Esta misión no cesa nunca, se repite siempre.

Puede haber una evangelización *por atracción*. Muchas veces, la comunidad cristiana reunida en una bella celebración litúrgica, con espíritu de acogida para los que llegan, que sabe orar y mostrar su amor y su alegría, atrae a muchos jóvenes o adultos, creyentes o aun no creyentes. Recordemos que la primera comunidad de Jerusalén todavía no enviaba misioneros, y sin embargo venía mucha gente desde los pueblos vecinos que resultaban atraídos por ella.

Otro modo de evangelización se da por la *difusión* del mensaje *por medio de las buenas obras*. Todo cuanto se hace en bien del prójimo, al servicio de los necesitados, para sanar, para atender, para acompañar, hace que muchos descubran el amor cristiano, que supera todo otro modo de actuar.

Puede darse la evangelización por la *transmisión contagiosa* que genera el bien, la vida serena, la discreción, la confiabilidad de los cristianos.

Jesús mismo propone un modo de evangelización que pudiéramos llamar, siguiendo una de sus comparaciones, *por fermentación*. Como la levadura puesta por la mujer en la masa de harina para que toda la pasta crezca. Muchos se animan a un voluntariado como el de Cáritas, cuando un puñado de gente comienza a prestar ese servicio. Muchos en un barrio se entusiasman y vienen a integrar el grupo que se congrega en una casa de oración cuando tres o cuatro personas fieles, constantes, se reúnen en tiempo fijo y dan testimonio de la presencia de Cristo en medio de ellos.

Pero evangelizar no significa de por sí hacer que de pronto todo el mundo se convierta en cristianos, ni hacer que todos los bautizados se incorporen a la práctica religiosa en la Iglesia. Todo el que evangeliza tiene en mente esta posibilidad como un proyecto, pero todo evangelizador sabe, al mismo tiempo, que este proyecto será realizable solo muy parcialmente. Por tanto no se mide la acción evangelizadora por el éxito. Jesús evangelizó excelentemente cuando, junto al lago de Galilea, una multitud de millares de hombres y mujeres lo seguían, como cuando la gente, como pasa en el relato evangélico de hoy, lo escucha y se muestra escéptica, o lo increpa, o le tiende trampas.

Para entender lo que es nueva evangelización no debemos pensar que el contenido del anuncio sea diverso o novedoso. A este respecto dice el Papa en su carta sobre el nuevo milenio que «*el programa de la evangelización está ya hecho*». Y es cierto, pues debemos siempre comunicar a los hombres que el Hijo Eterno del Padre ha venido a revelarnos el rostro de Dios, que nos ha dado su Espíritu para que, movidos por él, podamos decir con Jesús «Abba, Padre», quedando así introducidos en el amor trinitario de Dios. No se trata, pues, de anunciar cosas llamativas o contrastantes, sino el mensaje perenne de Jesús.

Lo que significa nueva evangelización es evangelizar en un contexto nuevo, donde unos pocos viven su fe con fervor, conociéndola, y otros llevan en sus corazones una fe infantil, supersticiosa, lastrada por creencias ancestrales propias o contagiadas por el medio ambiente, donde hallamos también a los indiferentes y un pequeño número que se proclama desconocedor de la existencia o no existencia de Dios y, en el límite, algunos que se dicen ateos.

En Cuba es impostergable la actividad misionera, pero sería imposible cargar todo el esfuerzo misionero sobre las espaldas de un pequeño grupo de sacerdotes. Ante este desafío debemos promover la acción pastoral y misionera de todos: diáconos, religiosos y religiosas y de los laicos. Esta acción pastoral debe pensarse en común y hacerse en común. Por eso, nuestro plan pastoral es participativo, todos deben tomar parte en él, tanto en su gestación como en su ejecución.

Los laicos no podrán evangelizar en muchas ocasiones por medio de la proclamación o por la convocación, misionando puerta por puerta; pero aquellos que por su trabajo, por su profesión, sus variados compromisos en la sociedad, su vida familiar, no tienen la posibilidad de hacer este tipo de evangelización, o no se sienten dotados para ello, deben hacerlo siempre por fermentación, por su presencia en su medio laboral, en el vecindario, en el seno de sus grupos de referencia, o a través de su participación en movimientos eclesiales, o en trabajos específicos que le confía la propia Iglesia.

En el Sínodo de los Obispos para América se puso en evidencia la importancia de la parroquia, no solamente como lugar de encuentro de los creyentes en Cristo que viven en una zona determinada, sino como centro de irradiación. Una parroquia que forma una verdadera comunidad viva y dinámica proyecta sobre el barrio, sobre el pueblo, el rostro de Cristo que nos ama a todos y a quien entusiasma seguir. Es consolador que en nuestra Arquidiócesis hay tantas personas que individualmente vienen de la oscuridad a la luz, de la increencia a la fe, animados por la vida parroquial o comunitaria. La comunidad católica tiene el deber de estar presente, atenta, ayudando a estos hermanos nuestros.

Esta nueva evangelización, a la cual estamos llamados todos, exige de nosotros, de nuestras comunidades, un cambio de mentalidad, pues las comunidades cristianas en Cuba, por la fuerza de los acontecimientos, han estado demasiado replegadas sobre sí mismas, no solo en cuanto a difusión explícita del mensaje en los barrios, sino en cuanto al modo de presencia de los laicos: estudiantes, trabajadores o profesionales en medio de la sociedad. Esta última ha sido una presencia callada, testimoniante, pero debe convertirse cada vez más en una presencia también convocante en el medio en el que el laico despliega la acción laboral o profesional y en el medio estudiantil. A cierta audacia evangelizadora para llevar el mensaje a los hogares, a los barrios, a los campos y poblados, debe añadirse la audacia evangelizadora en los ambientes. Esta audacia no es ni temeridad ni espíritu propagandístico, sino un modo connatural de realizar la misión a la cual Dios llama a todos en el medio en el que cada uno se encuentra. Así se realiza específicamente la vocación laical.

¿Cuál es el papel del presbítero en esta nueva evangelización?

El primer lugar en el cual el presbítero evangeliza es la Eucaristía, fuente y cumbre de toda evangelización. No es que el sacerdote tenga que inventar gestos, que añadir efectos llamativos a la Eucaristía, para hacerla cada día distinta. La Eucaristía participa, como ningún otro elemento de nuestra fe, de la perennidad del mensaje cristiano que no es nuevo en la nueva evangelización, sino que es el mismo en un nuevo contexto. La Eucaristía se apoya en una palabra perenne: «*Esto es mi*

cuerpo... este es el cáliz de mi sangre». El sacerdote debe saber que el pan que se hace Cristo en sus manos es de hoy, pero que Cristo es el mismo ayer, hoy y siempre. La gente verá si creemos esto, si celebramos la Misa con igual fervor, como siempre, con tres ancianos o con una iglesia repleta de gente. Entonces, la gente creerá que nosotros creemos de verdad.

Queridos sacerdotes: para nosotros, la Eucaristía es el primer modo de evangelizar, es como la síntesis de los demás sacramentos, la gran oración de intercesión por el mundo y ese mundo comienza en los vecinos del frente que no vienen nunca a la Misa y se extiende hasta la periferia de mi parroquia de 35.000 almas donde en una casa humilde una enferma reza el Rosario todos los días y se acuerda de pedir por mí. Celebrando cada día la Eucaristía, el presbítero no solo encuentra en ella el centro y la cumbre de su acción evangelizadora, sino de su misma vida.

La segunda manera de evangelizar el sacerdote es mediante la predicación autorizada de la Palabra de Dios, pero el sacerdote será capaz de predicarla en la medida en que hará de la Palabra un alimento para sí, leyéndola en oración, quizá delante del Sagrario, apoyándose tal vez en lo que ha estudiado en el Seminario, pero también en buenas lecturas, para que pueda darle a la gente no solo el gusto de escuchar la palabra, sino de aprender a vivir de ella, a disfrutarla personalmente.

El tercer modo de evangelizar para el presbítero es como guía de la comunidad a partir de la misma Eucaristía, con una dulce autoridad unida a una gran capacidad de misericordia. La autoridad del sacerdote debe nacer de la autoridad misma de Cristo, de su comunión profunda con Jesús en la Eucaristía. El que preside la Eucaristía, el que hace a Jesús sacramentalmente presente, es el que preside en el amor y guía a sus hermanos en comunión con el obispo y con el presbiterio, según las exigencias del Evangelio. La capacidad de misericordia es imprescindible porque nuestro pueblo en Cuba hoy se siente a veces desconfiado, otras temeroso, está angustiado y lleno de miserias y necesita apoyo, ánimo, afecto. Debe ser la autoridad fraterna y paternal del sacerdote una expresión de la misericordia de Dios paciente y exigente al mismo tiempo, pero cercana y benévola siempre. Recordemos la Carta Apostólica del Papa Juan Pablo II para el nuevo milenio: *«Los hombres de hoy quieren ver a Jesús»*, dice el Santo Padre. No desean solamente saber algo sobre Cristo, conocer su historia, sus dichos y sus hechos, quieren ver el rostro de Cristo y ese rostro de Cristo lo esperan ver en la comunidad cristiana, en todos los cristianos, pero muy especialmente en los sacerdotes y en las personas consagradas a Dios.

Al renovar este año ante el obispo sus compromisos sacerdotales, invito a todos los presbíteros a reafirmar su entrega al Señor en el servicio a sus hermanos con una decidida confianza en que el tercer milenio que comienza es un espacio que se abre al anuncio de Cristo al mundo y con una súplica de generosidad y audacia, que hago yo también por mí, al Señor, a fin de que respondamos sin vacilaciones a la propuesta comprometedor que el Papa Juan Pablo II nos presenta a todos los cristianos en su Carta Apostólica sobre el nuevo milenio, en la que, haciendo suyas las palabras de Jesús a Pedro en el evangelio todos y cada uno: *«Rema mar adentro»*. Nosotros, sacerdotes, nos sentimos particularmente convocados por esta palabra. Y suplico insistentemente para todos, sacerdotes y fieles, por medio de María Santísima, la fuerza del Espíritu para cumplirla.